

por habérmela quitado. Si me hubiese dicho buenamente:—«¡Guapo mozo! (así me llamaba en el regimiento) la catalana no te conviene: ¿puedo hacer algo por mí?» yo le hubiera contestado como buen amigo: «A tu gusto, sargento, si ella no tiene inconveniente»; pero me había engañado con decirme: «te he desembarazado de ella.» Además, después supe que no la había reclutado lealmente, sino á traición, diciéndola que estaba enamorado de otra á quien la sacrificaba. La pobre muchacha le había creído, y ya sabéis que los catalanes son amigos de vengarse..... sobre todo en esta especie de negocios. Yo no podía sufrirlo en silencio. Yo también era sargento, y al anoecer ambos nos dirigimos con nuestros testigos detrás de los fosos de la ciudadela.

—¡Qué! Leonardo, le dije, ¿un desafío por una mujer á quien no amabais ya?

—No se trataba de la mujer, sino de la mala pasada que me había jugado.

—¿Y lo heristeis?

—Hice más.

—¿Lo matasteis?

—Enteramente.

Miré á Leonardo. Sus facciones, poco antes alegres, se habían contraído súbitamente; tenía una mirada de tigre y un aspecto duro y feroz que jamás había notado en él.

SEGUNDO VIAJE.

CARTERA ENCONTRADA.—CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE BEATRIZ LA CATALANA.

Oriundo del Mediodía, descendiente de una de esas familias de Provenza á quienes el viento abrasador allende del mar parece haber hecho africanas, Leonardo llevaba en sí el germen de las pasiones más violentas y hasta de los instintos sanguinarios. Bien lo había probado con desafíos, tan numerosos y frecuentes, que su coronel, antiguo militar y que generalmente no fijaba mucho la atención en esta clase de delitos, se había apresurado con una benevolencia particular á concederle el favor de una licencia excepcional, en consideración á este mal lado de su carácter.

Sin embargo, lo que tenía de feroz y sanguinario no se mostraba en él sino á largos intervalos, especialmente desde que, libre del servicio militar, había vuelto á ponerse bajo la influencia moderadora de su madre, mujer excelente á quien debía todo lo que su corazón tenía de bueno y generoso. Ahora bien; en la balanza de sus virtudes y sus vicios, aquéllas debían pesar mucho más.

He aquí como conocí la bondad de corazón de Leonardo, y cómo desde aquel día empecé á tomarle cariño.

Un cochero de cabriolé que tomé una vez por casualidad, y que formaba parte del mismo establecimiento que Leonardo, sabiendo que éste era de quien me servía generalmente, me citó varios hechos honrosos que pronto me hicieron olvidar la expresión momentánea de ferocidad que tomaron sus facciones. Voy á contar dos de ellos, que son necesarios para la inteligencia de esta historia.

Una mañana, al limpiar el interior de su carruaje, Leonardo encontró una cartera arrugada, rota, llena de lodo, oculta entre la paja. Un nombre brillaba en letras doradas sobre la cubierta: «Durin-Delporte»; pero á este nombre no seguía la dirección, y el cochero se admiró de su hallazgo, sin conocer aún su importancia.

Abrióla al fin para obtener informaciones más circunstanciadas, y la sola cosa que encontró fué 35.000 francos en billetes de Banco. Para él no era suficiente; necesitaba una tarjeta que le diera luz acerca del legítimo dueño de esta suma.

Estupefacto á la vista de tal tesoro, en su primera emoción, indeciso acerca de los medios que podía emplear para restituirlo, Leonardo preguntó á un camarada, al primero que se presentó.

— Dame cinco billetes de á 1.000 francos, guarda los otros treinta, y te prometo no decir una palabra — le contestó.

Leonardo le miró con la expresión de ferocidad que ya le conocemos, y el consejero, turbado, se retiró encogiéndose de hombros.

Otro amigo suyo fué de opinión que era menester dejar pasar algún tiempo y esperar á que un cartel fijado en las esquinas de París prometiese mil, dos mil, tres mil francos tal vez de recompensa al que entregase intacta la cartera perdida; en cuyo caso habría medio de hacerla llegar á manos de su dueño por una persona de confianza que no tuviese relaciones con el establecimiento de carruajes, la cual daría de antemano á Leonardo la recompensa ofrecida, contentándose sin duda por su parte con un corto premio.

Este era un tunante menos endurecido que el otro; y sin dignarse contestarle, el cochero le dejó bruscamente y fué á dar parte de la ocurrencia á un íntimo amigo que estaba ocupado en limpiar su caballo en la cuadra.

Este tercer consejero era el mismo individuo por quien he sabido tantas particularidades acerca de Leonardo; le recordó que existía en la prefectura de policía una oficina especial, una especie de depósito donde los objetos hallados se custodiaban clasificados y numerados, con el mismo cuidado que las producciones de los tres reinos en el museo de historia natural.

— Véte allá al instante, amigo mío — le dijo; — esto te valdrá la estimación de tus jefes, y mañana saldrá en un periódico. ¿Quién sabe si conseguirás con esto el premio de la Academia Real, llamado Monthyon? ¡Vaya, que no será una mala propina!

Leonardo sube en su cabriolé para dirigirse á la prefectura de policía; pero en el camino recuerda que á aquella hora los empleados de aquella oficina especial no podían haber llegado todavía,

y que los momentos que perdería en aguardarlos podía emplearlos mejor para conseguir su objeto, la restitución de la cartera.

La estimación de sus jefes, el elogio del periódico, y hasta la propina del premio de Monthyon, todo lo había olvidado, excitado por la esperanza de hacer cesar algunos momentos antes las angustias de un desgraciado.

Aquella cartera sólo podía pertenecer á alguna de las personas á quienes había conducido en su cabriolé la tarde anterior. Acordóse de un joven cabizbajo, pensativo, inquieto, al que había dejado á la puerta de la casa de juego de Frascati. En todo caso, si los billetes eran de éste, le había salvado su fortuna quizás, tal vez su honor si la suma no le pertenecía.

Presentóse á la puerta donde se había apeado, y preguntó en el cuarto del portero por Mr. Durin-Delporte.

—No le conozco— contestó éste.

En otras muchas casas hizo la misma pregunta y recibió la misma respuesta. Leonardo pierde la esperanza y se cansa de perder gratuitamente su tiempo, su única fortuna, fatigando en balde al mismo tiempo á su caballo, su mejor amigo. Ya había visitado las casas donde había dejado á todos los que había conducido la noche antes, á excepción de un hombre anciano, de humilde aspecto, á quien había dejado en la esquina de la calle, como frecuentemente sucede, porque esos honrados comerciantes de París temen que si sus mujeres los ven venir en cabriolé les riñan.

Pero ¡cómo había de figurarse que un hombre semejante tuviese 35.000 francos en el bolsillo!

Leonardo, sin embargo, tomó su partido, porque tanto él como su caballo necesitaban descansar y tomar alimento, y determinó dirigirse á la cuadra más inmediata y fortalecer su estómago en la taberna de la esquina, esperando luego que algún parroquiano le hiciese ir hacia la prefectura de policía, donde entregaría su precioso hallazgo.

¡Ah! aquel buen viejo regordete que había bajado del cabriolé en la esquina de la calle, era en efecto el que, á lo menos la víspera, podía creerse sólo dueño de la cartera.

Mr. Durin-Delporte era fabricante de *necessaires*, una de las industrias más importantes de París; su establecimiento prosperaba, pero sus negocios, sin embargo, se encontraban momentáneamente en mal estado, porque las entradas de fondos eran muy lentas, y tenía que pagar varias obligaciones que iban cumpliendo sucesivamente, y satisfacer al mismo tiempo á numerosos trabajadores empleados por él.

El día anterior se había puesto en camino para encontrar por vía de préstamo ó de otra manera la cantidad que necesitaba para sus pagos de fin de mes. Al volver á su casa contento, triunfante, quiso enseñar á su mujer los billetes de Banco que había reunido en su cartera; pero una palidez súbita cubrió sus facciones, y sus manos quedaron paralizadas en sus bolsillos vacíos. La idea de que algún diestro ratero le había sustraído sus 35.000 francos se presentó en un principio en su imaginación; en seguida pensó en el cabriolé que había tomado para volver; pero en su primer movimiento de turbación y de estupor sólo se atrevió á pensar en él.

Como Leonardo había pensado, el pobre hombre vivía bajo la dependencia de su mujer y no tomaba carruaje sino á hurtadillas de su cara mitad. Mme. Durin-Delporte era laboriosa, activa y amaba á su marido; pero económica en extremo, le prohibía la satisfacción de los gustos más simples, y creía haber llegado á hacer de él un ente completamente frugal, arreglado, perfecto.

El hombre perfecto á los ojos de una mujer avara, es el que no toma café ni tabaco, que odia toda clase de juego, que no entra en los teatros y que con buenas piernas corre todo París si es menester, sin recurrir á los ómnibus y evitando atravesar los puentes en que hay que pagar.

El buen Mr. Durin-Delporte sólo era perfecto en apariencia; le agradaban el café, el dominó y los dulces; pero jamás se entregaba á estos placeres sino reservadamente, porque temía á su mujer.

En los pequeños dramas de la vida doméstica, así como en las grandes piezas dramáticas, el terror representa su papel; siempre hay un opresor y un oprimido. En los malos matrimonios el tirano es el hombre. Ahí se encuentra por un lado el abuso de la fuerza, por el otro las astucias, la resistencia, la rebelión de la debilidad; por consiguiente, hay una lucha prolongada, incesante entre el amo y el esclavo, entre el verdugo y la víctima. En los buenos matrimonios, al contrario, el déspota es la mujer. En ellos reina la paz y la armonía, al menos en apariencia, porque el hombre sólo tiene la costumbre de la sumisión. Como estudiante, como dependiente de una casa de comercio, como soldado, ¿no ha hecho acaso el

aprendizaje de la obediencia? ¿Y dónde queréis que la mujer haya aprendido á obedecer? ¿No nos han demostrado últimamente, y por cierto con suma razón y talento, que si la soberanía del bello sexo no estaba consignada en las leyes, lo estaba en las costumbres?

Resulta, sin embargo, de este orden natural, que donde la mano que debía ser más débil empuña el cetro, donde la voz de la mujer manda, el hombre adquiere los vicios de la debilidad y se hace astuto á su vez. Despojado de la piel de león, se reviste con la de zorra, y desgraciado de él si este disfraz lo descubre.

Tal era la situación en que iba á encontrarse forzosamente el honrado Mr. Durin-Delporte.

Hablar del cabriolé era correr el riesgo de una acusación terrible de falsedad, de prodigalidad, de desorden; así no se atrevió á ello al principio; pero al fin, y no sin penosas angustias que manifestaban la urgente necesidad de hacer penetrar un rayo de esperanza en medio de la aflicción que le rodeaba, hizo la fatal confesión.

Durante ella se mostró tan avergonzado, tan abatido, tan arrepentido, que la mujer le tuvo lástima y aplazó las reconvenciones para otro día.

—¿Al menos—le preguntó—tomaste el número del coche?

—No, ni siquiera pensé en ello.

—¡Qué falta! Pero como has vuelto en cabriolé, no debes estar fatigado. Es menester ir al instante á todos los establecimientos de carruajes de alquiler, á todos, y trata de reconocer al cochero, al cabriolé ó al caballo.

El desgraciado no contestó palabra y bajó la

cabeza después de haber dirigido una mirada dolorosa al reloj colocado sobre la chimenea.

Eran las diez y media. ¿Qué medios tenía para atravesar tan tarde á Paris de Norte á Sur, de Oriente á Occidente, en todas direcciones, cuando había hecho á pie mil excursiones en aquel día? Apenas tenía fuerza para moverse, agobiado con el cansancio y la desesperación. Entretanto su mujer observó que sus facciones, pálidas un momento antes, se habían vuelto color de púrpura; tomóle las manos, que estaban abrasando.

—¡Tienes calentura!—exclamó.

—¡Ah! ¡me costará la vida!—dijo el pobre hombre en voz baja y aprovechando el primer movimiento de lástima de su mujer para dar libre curso á los sollozos que le sofocaban y prorrumper en llanto.

—¡No pensemos más en eso! Mañana habrá tiempo..... Mañana temprano..... porque las letras..... los obreros vendrán á asaltarnos á la vez, y sin dinero para pagar ¡ah! ¡es horrible!..... Pero pensemos en tí desde luego. Es menester que te acuerdes, cútdate, porque si caes malo se empeorará el negocio..... Permanece, pues, tranquilo y sosegado..... Pero ¡qué descuido, no haber tomado el número del cochero! Cuando se toma un cabriolé, esto es lo primero que se hace. En verdad que lo mejor es no tomarlo. ¿No tenías tú piernas? Díme, ¿conviene acaso á los comerciantes ir á lo gran señor? ¡Y no tomar el número!..... Pero no hablemos más de eso.....

Y volvía de nuevo á la carga. Así pasó casi toda la noche, porque uno y otro durmieron poco.

A la mañana siguiente Mr. Durin-Delporte te-

nia calentura, dolores reumáticos y no podía moverse. Su mujer le prodigaba toda especie de cuidados, le daba friegas, le preparaba una tisana, y al dársela no podía menos de decir en voz baja y casi á su pesar:

—¡Estamos perdidos! ¡no haber tomado el número!..... ¿A lo menos reconocerás las facciones de ese cochero, de ese infame, de ese ladrón? ¡Porque ciertamente se apropiará nuestro dinero, nuestra fortuna!

—Apenas le he mirado, y se parecen todos—contestó el enfermo suspirando.

La mujer levantó los ojos al cielo con aire de desesperación; una lágrima brilló en sus párpados, y repitió con una voz más sombría, más lenta, más desconsolada:

—¡Estamos perdidos! ¡Pronto vendrán á pedirnos un dinero que no tenemos; nuestros pagarés serán protestados, nuestro nombre deshonrado en el comercio y sin crédito! ¡La ruina! ¡la ruina! ¡Ah! nuestro pobre hijo, nuestro Alfredo, ¿qué va á ser de él?

—Tu tío, que es tan rico y sin hijos, podrá ayudarnos—dijo el enfermo.

—¡Oh! sí, ¡cuenta con él, con ese viejo avariento que nos detesta!

—¡Qué importa! Es menester probar. Cuando uno cae, es menester agarrarse á cualquiera cosa, aunque sea á los cuernos del diablo—replicó el marido recobrando alguna energía y haciendo un esfuerzo para levantarse; pero pronto cayó con pesadez sobre la almohada.

Su mujer corrió á asistirle, le colocó cómodamente en la cama, limpióle el sudor que caía á

gotas por su frente, le dió de beber, y tomando una silla se sentó cerca del enfermo.

—Aunque nuestro tío, por muy rico que sea, tuviera dinero de sobra, no nos lo daría—le dijo; —aunque estuviese en París no podríamos verle, porque su puerta está cerrada para nosotros; pero ¡dinero! jamás tiene bastante, porque sabe muy bien cómo emplearlo, dándolo á interés con gran usura; además, ahora no está en París, sino en Bretaña. ¿Lo habías olvidado?

Un vecino entró en aquel momento: era un hombre alto, rubio, pálido, curioso y celoso; en una palabra, el amigo de la casa. Habiendo observado que había habido luz toda la noche en el aposento de los esposos, y visto á la criada ir y venir con un aire más atareado que de costumbre, se presentó á saber la causa. Pusiéronle al corriente de lo ocurrido, y supo con un placer secreto que un amigo cuya industria prosperaba mucho más que la suya se veía en mal estado. Preguntó si habían ido á la prefectura de policía, lo que fué un rayo de luz para Mme. Delporte, que le suplicó fuese inmediatamente. El curioso, de un carácter poco complaciente, hubiera querido negarse á ello; pero él mismo se había tendido el lazo, y aunque alegó que por su parte también tenía pagos que hacer por ser fin de mes, no pudiendo rehusarse á este paso en tales circunstancias, salió en busca de la cartera perdida. Durante su ausencia los dos esposos recobraron alguna esperanza; pero este reposo de sus sufrimientos fué de corta duración. El vecino volvió y no habló palabra; pero con un aire mentido de consternación bajó la cabeza, extendió los brazos y lanzó un suspiro.

Este fué el golpe de gracia.

—¿Lo ves? Todo se ha perdido—dijo Mme. Delporte volviéndose hacia su marido;—no hubiera sido así si hubieras tomado el número.

En aquel instante se oyó la campanilla.

Mme. Delporte se estremeció; un sudor frío bañó el rostro del enfermo.

—Ya empiezan á venir—dijo la mujer, y continuó sollozando.—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡Será necesario interrumpir tus estudios, hacer de tí un obrero, un simple obrero! ¡Pobre Alfredo!

La sola criada del matrimonio entró anunciando que un hombre deseaba hablar con el amo de la casa.

—¿Es alguno de nuestros trabajadores? ¿Es portador de alguna letra, un acreedor?—preguntó Mme. Delporte con emoción.

—No lo sé, señora; sólo puedo decir que es un joven de buen aspecto y vestido con suma decencia.

—Pues bien, dile que vuelva..... que vuelva en todo el día..... esta noche; ó mejor, yo misma voy á hablarle. Pero es menester que á toda costa te levantes, Delporte—añadió dirigiéndose á su marido;—es menester que vayas á casa de un banquero, aunque tengas que hipotecar todo lo que nos queda. Ya sé que no puedes ir solo; pero el vecino te acompañará y responderá por nosotros en caso de necesitarse una firma.

El rubio hizo un gesto horroroso.

—¡Ah, hijo mío, hijo mío!—repitió la pobre madre; y después de haber dado un nuevo curso á sus lamentaciones, después de haber reparado precipitadamente el desorden de su vestido de mañana,

enjugó sus lágrimas, y afectando un aire de calma y tranquilidad, fué á hablar al desconocido que la esperaba en la pieza inmediata, que servía á la vez de antesala y de comedor.

—Perdonad—le dijo;—¿venís á cobrar una letra de cambio?

—No—contestó Leonardo, que había oído toda la conversación y se hallaba muy conmovido al considerar la dicha que traía á aquella casa;—no, señora, no vengo á cobrar letra alguna, sino simplemente á devolver 35 buenos billetes del Banco, de á mil francos cada uno.

Y le mostró la cartera.

Durante su almuerzo en la taberna, Leonardo había reflexionado que el hombre de modesta apariencia podía ser muy bien, si no el propietario, el depositario de la cantidad, algún cobrador tal vez, en cuyo caso la posición en que le colocaba esta enorme pérdida era terrible. Esta consideración le impidió vacilar más; determinó empezar de nuevo sus pesquisas, pesquisas quizá infructuosas; pero ¡qué importa! estaba resuelto á cumplir hasta el fin lo que consideraba como un deber sagrado.

Dirigiéndose hacia la calle de Bourbon Ville-neur, en la esquina de la cual había dejado al honrado viejo que había alquilado su cabriolé la víspera, recorrió á la ventura veinte casas, hasta que una voz desagradable, en lugar del eterno «no le conozco», que servía de contestación á la pregunta de si vivía allí Mr. Durin-Delporte, contestó: «En el tercer piso, á cuya puerta veréis el nombre en una lámina de cobre.»

Leonardo subió la escalera de cuatro en cuatro

escalones, y ya hemos visto la cartera perdida en poder de Mme. Delporte.

Esta, á la vista del precioso depósito que acababa de rescatar, lanzó un grito, y entrando, como fuera de sí, en el aposento de donde había salido, se arrojó llena de alegría en los brazos de su marido, saltó al cuello de la criada, dió un beso al vecino y volvía al comedor á ver á Leonardo y darle parte, sin duda, en este abrazo general, cuando se encontró que se había marchado.

—¡Corre, corre!—le gritó el enfermo, curado súbitamente y arrojándose fuera de la cama, sin hacer atención á la criada que le miraba estupefacta.—Es nuestro salvador, le debemos un testimonio de nuestra gratitud. ¡Corre detrás de él, tráelo aquí!

La buena señora salió en efecto en seguimiento del cochero; pero poco después entró toda sofocada, y arrojándose en un sillón dijo:

—Me ha sido imposible alcanzarle. Apenas estaba al pie de la escalera, ya estaba él instalado en su cabriolé, y por más que le llamé, fué en vano; hizo crujir el látigo y el caballo salió al galope.

—¡Ah, esposa mía!—le dijo su marido con aire de reconvención.—Espero que á lo menos habrás tomado el número.

—¡Misericordia! No he pensado en ello.

Por esta vez ella no habló de hacer correr á su marido por todo París para reconocer la identidad de la persona del cochero, y puso en manos de la Providencia, sin demasiado pesar, el cuidado de pagar la deuda de su reconocimiento.

Si me he extendido un poco en este primer epi-

sodio, para el cual me he valido no sólo del primero que me lo refirió, sino también del vecino de Mme. Delporte, que era justamente entonces mi proveedor de guantes y tirantes, ha sido porque deseaba que hicieseis conocimiento con la familia Delporte al poner en evidencia la delicadeza y el desinterés de mi amigo Leonardo.

El segundo rasgo de bondad de corazón que tengo que contaros de él es de mucho mayor importancia, por servir de base principal á la historia que me he encargado de referiros.

Leonardo pasaba un día por los malecones inmediatos al Jardín de Plantas, cuando oyó un vago rumor seguido de las voces «¡socorro! ¡socorro!» Una mujer con una niña en los brazos se acababa de precipitar en el Sena por la parte del puente de Ansterlitz. Era en el mes de Diciembre; la corriente era muy fuerte, y los lancharos estaban lejos. Leonardo, al ver esto, saltó de su cabriolé, á pesar de las reclamaciones de la persona á quien conducía, que lo había tomado á la hora, y que sólo veía un cálculo en aquel movimiento intempestivo de curiosidad.

Habiendo llegado cerca de la orilla, nuestro amigo oyó de nuevo los gritos de «¡socorro! ¡socorro!» Todos se confundían, se desesperaban, nadie se movía. Entretanto se veía flotar en el agua amarillenta dos cuerpos que se habían separado al caer.

Leonardo era un buen nadador, no titubeó, y despojándose de su abrigo, que confió á la primera persona que encontró, y después de calcular la distancia y la fuerza de la corriente, se arrojó al río en medio de las aclamaciones de la multitud, más dispuesta á aplaudir que á imitarle.

Al llegar en medio del río, vió flotar delante de sí un objeto confuso; después, entre una cabellera negra, una cara pálida y casi ya helada por la muerte, que se mostró un instante, dos grandes ojos se entreabrieron, cerrándose al momento, y el cuerpo desapareció enteramente. Leonardo se estremeció, sus brazos perdieron el vigor, su corazón dejó de latir, y creyó tener presente una visión, una aparición. Aquellas facciones le recordaban las de una mujer que había conocido, amado en otro tiempo. Su vista se turbó, oía confusos murmullos, se sentía poseído á la vez de un vértigo y de una parálisis, y podía creerse perdido, cuando un débil gemido que oyó en la superficie del río, lo sacó de su estupor.

Detrás del cuerpo de la madre seguía el de la hija, que pasaba cerca de él. Hizo un esfuerzo, tendió los brazos, cogió á la pobre criatura por los vestidos, que llenándose de viento la habían sostenido sobre el agua, y después de una lucha desesperada contra el entorpecimiento que le amenazaba á él mismo, consiguió llegar á la orilla nadando con un brazo y sosteniendo con el otro á la niña, que con una voz muy débil llamaba á su madre.

Inmediatamente transportaron á ambos, llenos de agua, casi sin conocimiento, á un cuerpo de guardia cercano, donde existe un establecimiento para socorrer á los ahogados y asfixiados.

Leonardo acababa de volver en sí cuando trajeron á depositar el cuerpo de la desgraciada madre, que había sido hallado bajo un arco del puente de María. Estaba muerta y todos los socorros del arte fueron inútiles. Era Beatriz la catalana; su antiguo amante la reconoció, y cuando le ofrecieron

el premio consignado á los que sacan del río una persona con vida aún, rechazó el dinero y sólo pidió en recompensa de su buena acción que le permitieran criar á la criatura que acababa de salvar.

CAPILLA ALFONSO VI

TERCER VIAJE.

LA PUPILA DEL COCHERO.—LA CALLE DEL CUADRANTE.—ENGANCHE DE DOS CARRUAJES.

La historia de Beatriz es la misma que la de tantas otras pobres muchachas. Cayendo de falta en falta, después de la muerte del sargento, y no atreviéndose á volver á su país, vino á París, donde su belleza tardó poco en llamar la atención; abandonada después por el que la había hecho madre, la miseria y el aislamiento la habían impelido á la desesperación.

Aunque muy hablador, Leonardo jamás me hubiera dicho cosa alguna de este acontecimiento, todo en honor suyo, como había hecho con la cartera que encontró, si no hubiera sido porque á fines del mismo mes de Diciembre tuve ocasión de valerme de sus servicios para hacer una visita de entrada de año.

Encontrándole vestido muy ligeramente, con un frío tan riguroso, le pregunté por qué no traía el abrigo.

—Un tunante me lo ha robado—me contestó; —sí, un tunante. Aunque las leyes no condenan